

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

33. LAVNA, LA BRUJA



FINALIZADOS mis preparativos, volví al grabador. —Son las dos horas del día 27 de octubre de 1987 —registré—. Acabo de divisar las luces del campamento gitano. Por lo que pude distinguir desde la terraza, mediante el teleobjetivo, no parece haber nada fuera de lo normal. Fogatas encendidas, corros en torno a ellas, mujeres reclinadas en las puertas de las carretas. Vi bailar a algunos, pero se limitaron a las danzas tradicionales... Nada que se parezca al ritmo frenético que creí observar anoche. No obstante, iré a investigar.

”Reviso el equipo. Cámara Polaroid: cargada. Lente nocturno para aproximación. Lente para foco lejano. Batería del *flash*: en orden. Linterna: batería fresca, bombilla recién cambiada. Browning: cargada y bien lubricada. Llevo además un cargador de repuesto. No espero tener que valerme del arma, pero he resuelto contemplar de antemano todas las posibilidades.

”Llevaré este grabador oculto en el bolsillo, listo para funcionar. El presente casete lo dejaré aquí, dentro de mi maleta cerrada con llave. A lo que pude observar, no he sido espiado, ni sospecho que nadie esté enterado de que grabé este registro. Son las dos y seis minutos. Apago el grabador y cambio el casete por uno virgen. Corte.”

MIS SUELAS de goma no producían el menor rumor. Reconozco que me sentía extrañamente excitado con la aventura, y es probable que ello me llevara a exagerar un poco mi papel.

Igual que la vez anterior, pude salir del castillo sin ser notado. A pesar de que ahora la puertecilla anexa al portal principal no estaba entreabierta, como la víspera, logré descorrer los cerrojos casi sin ruido. Cerré a mis espaldas y dejé un pañuelo doblado entre la hoja y el marco de la puerta, para evitar que el viento la golpeará. La noche parecía más oscura que

la previa. Masas apelmazadas de nubes purpúreas se empeñaban en velar la luna, que por añadidura había perdido su perfecta redondez.

A pesar de todo, no encendí la linterna. Dejé que los ojos se me acostumbraran a la semioscuridad; lo juzgué más prudente. Paso a paso, fui acercándome al campamento. Esta vez conocía mejor el camino; por otra parte, las voces, y el sonido de un acordeón, que llegaban cada vez más distintamente a mis oídos, sirvieron para guiarme.

Protegido detrás de unos arbustos, contemplé la escena.

SE HABÍAN disuelto algunos de los corros que viera momentos antes, y el humo de varias fogatas extinguidas subía hacia las nubes. No quedaba más que una chica bailando al son del acordeón; pero pronto ella también se cansó. El acordeonista plegó su instrumento, con un quejido musical del fuelle, y se metió en una de las carretas, abrazado a la danzarina.

En torno a la fogata central, unos cuantos hombres, de colorida indumentaria, parlotaban en cierto caló demasiado intrincado para mi oído. De pronto aulló un lobo... Noté que todos callaban.

Algunos se pusieron de pie, dando muestras de evidente inquietud. En ese momento, una risa cascada hendió el aire, y los hombres hicieron ademán de maldecir en dirección de una carreta, más grande y sucia que el resto, junto a la cual ardía un fuego muy brillante.

Parpadeé. La silueta que había surgido en la entrada de la carreta resultaba goyesca, al resplandor móvil de las llamas.

—Lavna! —gritó un hombre—. Lavna *stregoica!*

¡LA BRUJA Lavna! ... Aquella era una palabra que pude entender. Sin duda tenía todo el aspecto de una bruja, parada ahí, riéndose de ellos, con los brazos alzados hacia el cielo cargado de nubes. Vi que los hombres le apuntaban con índices y meñiques, supersticiosamente.

—¡Sí! —graznó la mujer—. Soy bruja... ¡y por eso sé tantas cosas, amorcito mío! ¡Por eso les puedo decir que esta noche no hay nada que temer!

—¡Nadie tiene miedo, vieja bruja!

Ella volvió a reír. Podía percibirse, como un vaho gélido en el aire, el temor combinado de todos ellos. Sus voces brotaban desesperadamente petulantes —ahora empleando un dialecto que yo conseguía entender— pero no tenían éxito en camuflar la inquietud general. La bruja siguió echando risas..., largas risas demoníacas.

—¡Esta noche no va a venir! —dijo por fin—. ¡Je, je, je! ¡Esta noche no necesita a Lavna para que le saque la maldición del cuerpo! ... ¿No ven la luna, queriditos? ¿No ven que Satanás ya le comió un trocito? ¡Loki no vendrá esta noche! ¡Ya no buscará a Lavna..., hasta la próxima vez!

Los hombres maldijeron, fingiendo desprecio, pero al fin se retiraron. Sola ya, la vieja tosió, escupió y luego echó a andar.

—*Ahora puedes salir* —dijo, deteniéndose justo frente al matorral donde yo había estado ocultándome...

(Continúa)

¡POLETTI SORPRENDIDO EN SU ESCONDITE!... ¿CAERÁ EN MANOS DE LOS CÍNGAROS?... ¿O ACASO LA VIEJA BRUJA ESTÉ DESTINÁNDOLO A OTROS PROPÓSITOS TAN ESPANTOSOS COMO INIMAGINABLES?... ¡EL NOVELISTA, SIN EMBARGO, HA DEMOSTRADO POSEER MÁS VALOR DEL QUE LE SUPONÍAMOS!... ¿CONSEGUIRÁ IMPONERSE A LOS GITANOS?... SIGUE: "INTERROGATORIO" Y "MOTIVOS DE ALARMA"... ¡EL MISTERIO SE ENTENECE!... ¡POLETTI SIENTE QUE SU TERROR AUMENTA TRAS CADA REVELACIÓN!... ¡NO SE LE OCURRA PERDERSE LOS PRÓXIMOS CAPÍTULOS! (SI TIENE LOS NERVIOS FUERTES)...

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com